

UN EPISCOPADO EJEMPLAR Y VALIENTE

La ocasión no hace al héroe pero lo revela. Necesitan con frecuencia las virtudes para brillar del frote áspero de la adversidad, lo mismo que el fósforo para encenderse. Pero si la materia no es combustible, inútiles serán todas las tentativas. El cobarde ante la dificultad no se enciende. La rudeza del choque no tiene para él ninguna influencia o produce un efecto contrario.

Crítica situación la del Episcopado alemán cuando Hitler, apoyándose en sus masas, escaló el poder. Conocieron su alcance en toda su extensión. La tormenta posaba en las alturas y muy pronto descendería a los valles con impulsos del huracán.

Las elecciones del 5 de Marzo de 1933 dieron a Hitler mayoría parlamentaria. Nombrado Canciller, consiguió, después de arrumbada la Constitución de Weimar, el otorgamiento de amplísimos, casi ilimitados poderes. En sus manos quedaba el control de todas las actividades políticas, económicas, industriales, comerciales y culturales. La libertad de Prensa y de la palabra fué amordezada: casi eliminada. La muerte del Presidente Hindenburg, el 2 de Agosto de 1934 puso en manos de Fuhrer los cargos de Presidente y Primer Ministro del Reich, determinación tomada la víspera en sesión especial del Gabinete. Sonó la hora: va a comenzar la lucha.

Primeros triunfos. El entusiasmo de una masa respaldaba la política del Fuhrer y sus métodos de convicción tan rápidos y contundentes ahogaron las voces discordantes y se formó un coro armonioso, a una sola voz.

Los intelectuales que allá, como en otras partes, alardean de independientes nacidos para dirigir más que para ser dirigidos, se inclinaron ágilmente a las pretensiones de Hitler. Contados fueron los que se mantuvieron fievemente verticales.

Nada se diga de los vocingleros periodís-

tas. Sus trompetas anunciaron en todos los tonos la nueva edad de oro. Y los oportunistas, los aprovechados tan pronto como vieron una manera de asegurar la vida en un tranquilo empleo, batieron palmas a su nuevo señor. Hitler no estaba solo: le acompañaba la mayoría del pueblo alemán.

El plan de revancha largo tiempo premeditado exigía dos como pruebas; que todo el pueblo alemán lo respaldase: que las demás naciones lo supiesen. No tuvo otra finalidad el plebiscito de Marzo de 1936 y a juzgar por las estadísticas apoyó a su Fuhrer el 98.5% de los votantes o sea 44.409.523.

Ante semejante panorama nada tienen de exageradas las expresiones de Einstein. "Todo ha sucumbido al golpe del Dictador. La Prensa tan celosa de su libertad se pasó con normas y bagajes al campo de la tiranía. Las Universidades se encastillaron en el baluarte del silencio y la conveniencia: todos se plegaron a la voluntad del tirano. Yo que no soy simpatizante de la Iglesia Católica, tengo que confesar que es la única institución que ha hecho frente al Dictador Omnipotente".

Los Obispos alemanes. No se les ocultaba la suerte que les esperaba. Sabían que algunas formas de religión y sociedad, hasta entonces medio emboscadas, habían de salir al público, al primer anuncio de victoria. Así fué. Extraña escuchar a los pocos meses de gobierno hitleriano, la voz alarmada de los Obispos alemanes (1). "Nuestra fé, proclamaba en Diciembre del 1934 el Obispo de Onsbuck, no se basa en mitos y leyendas, sino en la inefable revelación divi-

(1) Para no multiplicar las notas advertimos que todos los testimonios de este artículo se han entresacado de la Obra "Diez Años de Cristianismo en el Tercer Reich" por Testis Fideiis. Documentos del Episcopado Católico Alemán. Información Católica Internacional. Buenos Aires, 1943.

na... ¿Qué significa pues, que se combato hasta el exterminio estas creencias cristianas, aún cuando hayan sido arrancadas ya de los almas juveniles para sustituirlas por otras, por una religión germánica?"

Para descristianizar al pueblo se aprovecharon todos los medios imaginables, hasta el **Almanaque del Campesino** era un ataque a fondo contra el cristianismo. Sobre él escribía el Obispo de Treveris: "Este almanaque no puede entrar realmente en las casas de los campesinos católicos y de sus esposas. ¿Por qué? Porque hiere en lo más profundo todo sentimiento cristiano católico. Los Santos de cada día, los nombres de todas las fiestas religiosas, hasta la Navidad, Pascua de Resurrección, Pentecostés han desaparecido totalmente del Almanaque. El 6 de Enero (Los Santos Reyes Magos) es el día de los "tres Asen", la familia divina de la saga nórdica; el 22 de Febrero (la fiesta de la cátedra de San Pedro en Antioquía) es la fiesta de la silla de Donar, el dios germánico del trueno. El miércoles de ceniza es el día de las cenizas de Wotan. El Jueves Santo, día de la institución del Santísimo Sacramento es la consagración de las luces nocturnas. Pascua, el día de la Resurrección de Nuestro Señor es la fiesta de Ostara (una diosa germánica de la primavera).

En Fulda. Es célebre la reunión que anualmente celebra el episcopado alemán en Fulda, junto a la tumba de San Bonifacio, apóstol de Alemania. Sus deliberaciones cristalizan en una Pastoral Colectiva que es leída y comentada hasta en la más apartadas aldeas. "Los Prelados se dirigen (1935) a los católicos alemanes con esta carta Pastoral en una hora **decisiva, sumamente grave...** El número de los enemigos de la religión cristiana y de la Iglesia se ha convertido en legión... La libertad de prensa, lo declaramos con dolor profundo, se halla tan severamente restringida, que los periódicos que fueron católicos ya no tienen el derecho de publicar artículos religiosos y a veces se ven obligados a admitir en sus páginas artículos que hieren a los lectores católicos. Condenamos todo delito contra el derecho de las leyes promulgadas por el Estado: pero también condenamos con el Evangelio esa soberbia farisaica del que arroja siempre piedras contra otros hombres y no ve la viga que hay en su propio ojo: del que cubre con el manto del silencio la acción de sus correligionarios y publica lo que otros hacen a son de campanas.

Los documentos del Episcopado alemán

forman un volumen de más de 220 páginas. En un breve artículo no podemos contentarnos sino con recoger alguna que otra flor de esa bella antología. Valga por muchos lo que escribía en 1941, el Obispo F. R. Bornewaser. "Los Obispos alemanes tanto en nuestros sermones como en nuestros Pastorales no hemos cesado de llamar la atención sobre el terrible daño que se le está haciendo al pueblo alemán, mediante la lucha brutal e ininterrumpida contra Cristo Nuestro Señor y su Iglesia; contra nuestros compatriotas en Cristo y hasta contra las instituciones católicas".

El Cardenal Faulhaber y el R. P. Mayer.

Para amenizar un artículo de esta índole condenado necesariamente a la monotonía, quiero hablar de un caso significativo: el del célebre Rupert Mayer, jesuita. El P. Mayer fué héroe de la primera guerra mundial. Sobre su pecho luce la Cruz de Hierro de Primera Clase. Capellán intrépido, audaz, avanzaba por entre cortinas de fuego, hasta que por fin gravemente herido y mutilado hubo que retirarlo del frente.

Pues este sacerdote jesuita, venerado en Munich como héroe de la patria y apóstol de la Iglesia, a quien el mismo Hitler en el poder escribió una carta de felicitación por sus labores sacerdotales, fué encarcelado por los esbirros de Fuhrer. La gravedad del caso y la excitación general del pueblo que amaba al P. Mayer con delirio, obligó al Card. Faulhaber a subir al púlpito de la Iglesia de S. Miguel de Munich el 4 de julio de 1937 y a pronunciar un famoso discurso sobre el encarcelado, discurso que será la cantera de nuestros datos.

"Hombres católicos: he interrumpido mi viaje de confirmación y, aunque cansado por la ceremonia de la consagración de la Iglesia del Santo Rosario en Rosenheim-Furstaett que duró cinco horas, he regresado a Munich para estar con vosotros en esta reunión general de la Congregación de Hombres. Es la primera vez que el P. Rupert Mayer, presidente de la Congregación, no está en el púlpito. Aprovecho esta primera solemne oportunidad para declarar públicamente que el 5 de junio los hombres católicos de Munich quedaron pasmados, indignados y aún amargados, al recibir la noticia de la detención del P. Mayer y que todos los católicos se sienten afligidos al saber que todavía no ha sido puesto en libertad. Es hora de hablar".

La causa de la detención la explica el cardenal: "Al prohibírsele pronunciar alocuciones en reuniones fuera de la iglesia, acató la prohibición. Lo hubo constar ex-

presamente. A partir de entonces, él no pronunció discurso en reuniones fuera de la iglesia. Pero cuando se le prohibió predicar dentro de la iglesia, su conciencia no le permitió obedecer tal orden. Hay horas de callar y horas de hablar. Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres”.

Una actitud de resistencia tan firme y un lenguaje de posición tan claro no acostumbra a tolerarlo la tiranía. El P. Mayer, héroe de la guerra, atento solo a su misión apostólica, se encontraba entre las paredes de una cárcel. Allí voló a visitarlo el Pastor de la Diócesis y comunicaba sus impresiones en esta forma desde el púlpito. “El miércoles pasado 30 de Junio, fuí a ver al P. Mayer en Stadelheim gracias a la complacencia de los empleados de justicia y, naturalmente, bajo las mismas condiciones en que se admiten en general las visitas en las prisiones, es decir, bojo la condición de que un empleado asista a la conversación y que ésta no dure más de 10 minutos. Con esa visita quería yo significar a nuestro querido presidente que ni el Obispo, ni los hombres católicos ni el pueblo católico de Munich lo han olvidado. Y es una obra de misericordia visitar a los presos. El P. Mayer está bien física y moralmente. La conciencia tranquila es, hasta en la prisión, la mejor almohada. Tiene una celda individual, aposento relativamente grande y espacioso que en otros tiempos estuvo destinado para enfermos: recibe la luz por dos ventanas ubicadas en la parte superior de la pared y está amueblada con sencillez como la celda del profeta. El P. Mayer sobrelleva su licencia involuntaria con la férrea decisión con que, durante la guerra, cruzó a través de una cortina de fuego para reunirse con sus soldados. Pasa este lapso de silencio con la misma imperturbabilidad filosófica con que, en la ambulancia del frente oriental, estaba tendido sobre la mesa de operaciones cuando le amputaron la pierna. Hasta observó con cierto dejo de buen humor y riéndose a mandíbula batiente, que desde hacía 25 años no había dado paseos como los que ahora da todos los días en el lugar de su encierro y que,

hallándose en libertad, nunca ha tenido tanto tiempo para estudiar seguidamente, como lo tiene ahora en la cárcel. No pasa los días meditando sobre su situación, sino rezando, haciendo ejercicios y estudiando. Digo esto para desvirtuar algunos rumores como el de su ida a Coblenza y otros, que no han sido ideados por el corazón de oro de los hijos de Munich, sino por lenguas de hojalata. Después de la visita a Stadelheim escribí a la madre del P. Mayer, para tranquilizar a esa Señora que tiene ahora 83 años. En mi carta le dije que su hijo estaba bien de salud, que se mantenía valiente y firme y que conservaba aquella sagrada devoción en que tanto insistió San Ignacio en sus ejercicios. Al ser detenido el P. Mayer dió comienzo un nuevo capítulo de los Hechos de los Apóstoles, un capítulo de los tiempos del Cristianismo primitivo. Que Dios nos conceda la gracia de que resurja también en los perseguidos el espíritu del tiempo del cristianismo primitivo, el espíritu de los Confesores y de los Santos Mártires”.

A estos extremos llegó la loca persecución en la patria de San Bonifacio.

Esta persecución hería las fibras más delicadas de esos celosos Pastores, por medio de su dolor surgía más enérgico que nunca el espíritu de fortaleza. Con razón escribía el Arzobispo de Friburgo. “Lo declaro abiertamente aquí: los últimos cinco años han sido los más dolorosos de mi vida hasta el momento presente. . . Me dispongo a vivir horas mucho más difíciles. Los propósitos de nuestro implacable adversario se hacen cada día más potentes y amenazadores. . . . Pero, de todos modos, es preferible la lucha a una paz vergonzosa de renunciamento”.

Firmes en su puesto, reclamando sus derechos con tenaz dignidad, inculcando las verdades con ejemplar insistencia, resistiendo a la opresión con indomable energía, el episcopado alemán está escribiendo una de las páginas más gloriosas de la Historia. Ojalá sirva este admirable ejemplo para la regeneración del pueblo alemán y para los demás pueblos que no son alemanes.

Víctor Iriarte.